

REPENSANDO LOS SISTEMAS DE PARTIDOS CHILENOS*

por Scott Mainwaring, J. Esteban Montes y Eugenio Ortega**

Examinaremos aquí los sistemas de partidos chilenos de 1932-73 y de 1988-2000. El hecho mismo de que utilicemos "sistemas" en plural sugiere algo clave: que el sistema de partidos de 1932-73 y el de 1988-2000 difieren lo suficiente como para ser considerados distintos¹.

Aunque Chile es un país relativamente pequeño, los escritos acerca de los sistemas de partidos chilenos han sido mejores y más voluminosos que los de la mayoría de los sistemas de partidos de América Latina. Distintas ortodoxias han surgido de esta literatura: que los partidos chilenos son fuertes, que los sistemas de partidos han estado divididos en tres bloques ideológicos aproximadamente iguales, y que estos últimos han sido relativamente estables. El propósito de este artículo es cuestionar estas tres ortodoxias, puesto que si bien no están completamente equivocadas necesitan ser revisadas.

La visión dominante de que los partidos chilenos son fuertes ha sido exagerada. Éstos han sido fuertes en determinados aspectos y períodos, pero no en otros. Tradicionalmente, los partidos dominaron los mecanismos de representación en los períodos democráticos chilenos, eclipsando a los sin-

* Los autores agradecen a Alan Angell, John Carey, Carlos Huneeus, J. Samuel Valenzuela, Chris Welna, y a los críticos anónimos por los comentarios en los primeros borradores de este ensayo. Publicación autorizada por el *Journal of Latin American Studies*, de su original "Rethinking the Chilean Party Systems", en *Journal of Latin American Studies*, Helvetica, Vol. 32, Part 2, octubre 2000. [Traducción de Alejandra Larocca y Natalie Popik].

** Scott Mainwaring es Director del Kellogg Institute en la Universidad de Notre Dame, E-mail: scott.p.mainwaring.1@nd.edu; Esteban Montes es estudiante del Doctorado en Gobierno de la Universidad de Notre Dame; Eugenio Ortega tiene un M.A. en Gobierno de la Universidad de Notre Dame y trabaja regularmente en el Ministerio del Interior en Santiago de Chile.

¹ Ver también el excelente trabajo de J. Samuel Valenzuela, "Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile", en *Estudios Públicos*, N° 58, 1995.

dicatos, los movimientos sociales y otras formas de representación. Sin embargo, la penetración de los partidos en el electorado no ha sido poderosa. Estos han aparecido y desaparecido con frecuencia, y muchos de ellos han sido relativamente débiles en términos organizacionales. Asimismo, más comúnmente que en los casos de Uruguay, Venezuela desde 1958 hasta 1990, Costa Rica, o la mayoría de los países de Europa occidental, los períodos democráticos en Chile han permitido que líderes populistas antipartidistas desarrollaran carreras políticas exitosas, incluso el acceso a la presidencia.

Algunos destacados especialistas han sugerido, además, que los sistemas de partidos chilenos han estado divididos en tres grandes bloques ideológicos aproximadamente iguales –izquierda, centro y derecha– desde al menos la década del '30, y que esta división debería ser la base para el análisis del sistema de partidos en Chile. Sin embargo, esta conceptualización del sistema de partidos es un tanto engañosa. En efecto, a pesar de que ambos sistemas de partidos han tenido una izquierda, un centro y una derecha significativa desde 1932, el porcentaje de votos de estos tres grandes bloques ha fluctuado ampliamente.

La literatura también ha sugerido que los sistemas de partidos chilenos han sido bastante estables, pero el sistema de 1932-73 fue más inestable de lo habitualmente reconocido. En efecto, la volatilidad electoral fue constantemente alta, lo que resulta irreconciliable con la visión de un sistema de partidos muy estable. Además, el formato del sistema de partidos (el número de partidos) varió ampliamente a través del tiempo de manera no lineal.

Las salvedades que nosotros señalamos son importantes porque el saber convencional consolidó la idea de que los sistemas de partidos chilenos difieren notablemente de los del resto de América Latina, y que se asemejan más a los sistemas de partidos de muchos países de Europa occidental. Sin embargo, en términos de la alta volatilidad electoral, de los cambios bruscos de etiquetas (nombres) de los partidos y de los estallidos periódicos de personalismos, se asemejan más a la mayoría de los sistemas de partidos de Latinoamérica que a los casos de Europa occidental.

La fortaleza de los partidos: los partidos en el electorado

La visión tradicional ha sido que los partidos chilenos son fuertes. Por ejemplo, A. Valenzuela, en una de sus mejores obras sobre el sistema de partidos chileno entre 1932-73, habla de “fuertes partidos nacionales [que] penetraron áreas periféricas y estructuraron las cuestiones y conflictos de las

comunas locales” en todo Chile. Asimismo, enfatizó “el desarrollo de redes de partidos fuertes que servirían para canalizar y controlar la creciente participación en los asuntos de política nacional”. Por otro lado, afirmó que “el sistema de partidos chileno estuvo presente, no sólo determinando el proceso de reclutamiento político para puestos nacionales importantes sino también estructurando las disputas en instituciones tan diversas como agencias de gobierno, sindicatos profesionales e industriales, organizaciones vecinales, e incluso colegios secundarios locales”. Por su parte, Gil caracterizó a Chile como un país que tiene “un sistema de partidos políticos fuerte [y] un bajo nivel de personalismo en política”, y Garretón se refirió a los partidos como “la columna vertebral” del proceso político chileno². No estamos en total desacuerdo con estas visiones, pero la fortaleza de los partidos chilenos tiene que ser revisada especialmente en lo que concierne a la fuerza de los partidos en el electorado.

Antes de profundizar sobre este punto, es esencial esclarecer la noción de fortaleza y debilidad partidaria. Nosotros distinguimos entre partidos en el electorado, partidos en la legislatura, partidos como organizaciones y partidos en la sociedad civil organizada. El partido en el electorado se refiere a la capacidad de los partidos para ganar votantes leales que se identifiquen con el partido a lo largo de un período de tiempo extenso —esto es, el grado en que los partidos estructuran la manera en que votan los ciudadanos—. Cuando los partidos son fuertes en el electorado, la mayoría de los ciudadanos vota sobre la base de su afiliación partidaria. El partido en la legislatura, en cambio, se refiere al grado en que los partidos estructuran la vida legislativa; esto incluye dimensiones tales como lealtad y disciplina partidaria. Por su parte, las organizaciones partidarias fuertes son aquellas que poseen abundantes recursos materiales y/o un grupo de militantes comprometidos. Por último, la fortaleza o debilidad del partido en la sociedad civil se refiere al grado en que los partidos dominan y movilizan los intereses organizados. En algunas democracias las formas de representación están tan dominadas por los partidos que los sindicatos, movimientos sociales y grupos de interés tienden a subordinarse a los partidos y a organizarse según las líneas partidarias. Por el contrario, en otras democracias los partidos tienen menor penetración en estos grupos organizados y, en este sentido, son más débiles.

² A. Valenzuela, *Political Brokers In Chile: Local Government in a Centralized Polity*, Durham, 1977, págs. 9-10; A. Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes*, Chile, Vol. 4 de J. Linz and A. Stepan (eds.), *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore, 1978, pág. 3; F. Gil, *The Political System of Chile*, Boston, 1966, págs. 312-313; M. A. Garretón, *The Chilean Political Process*, Boston, 1989, pág. 16

Los partidos pueden ser fuertes en alguna de estas cuatro dimensiones y débiles en otras; éste es precisamente el caso de los partidos chilenos, que históricamente han dominado los mecanismos de representación política y han penetrado profundamente la sociedad civil organizada, pero no han logrado un alto grado de estructuración del voto. Nuestro análisis se focaliza en los partidos en el electorado, con muy breves comentarios sobre las tres dimensiones restantes.

1) Resultados electorales para diferentes cargos

Si los partidos estructuran la forma en que votan los ciudadanos, los resultados electorales para diferentes cargos (tanto a nivel municipal como nacional) en elecciones simultáneas deberían ser razonablemente convergentes si se cumplen cuatro condiciones. En primer lugar, las elecciones deben ser simultáneas, es decir, un tipo de elección debe coincidir con otra. Si éstas no son simultáneas, una gran divergencia entre los votos obtenidos por el partido X en un tipo de elección (por ejemplo, presidencial) en el tiempo T_1 y los votos obtenidos por el mismo partido en otro tipo de elección (por ejemplo, municipal o legislativa) en el tiempo T_2 puede reflejar cambios en el número de votantes o cambios en las preferencias del electorado a lo largo del tiempo más que cortes de boleta que reflejan una votación partidaria débil. En segundo lugar, el electorado debe ser el mismo para los distintos cargos. En tercer lugar, las reglas electorales no deberían generar una gran diversidad de incentivos para el voto estratégico. Los incentivos para el voto estratégico son fuertes con una magnitud de distrito de uno y reglas de mayoría relativa, y son débiles con una magnitud de distrito mediana o grande y representación proporcional. En Chile (como en otros casos de América Latina), ello impide la comparación de los resultados en las elecciones presidenciales con otros resultados puesto que en aquellas siempre hubo fuertes incentivos para el voto estratégico. Finalmente, la elección debe permitir a los ciudadanos cortar su boleta para los diversos cargos en cuestión.

Si estas cuatro condiciones se cumplen, se puede comparar la votación partidaria examinando la divergencia en los resultados para distintos tipos de elecciones. Resultados agregados convergentes para los diferentes cargos no necesariamente demuestran que la votación partidaria está generalizada, pero una aguda divergencia sí demuestra lo contrario. En efecto, si un gran número de votantes elige a un candidato del partido A para diputado y a un candidato del partido B para senador, ello indica un bajo grado de estructuración partidaria del voto. En cambio, las cualidades de los candidatos individuales (sus posiciones programáticas, sus vínculos clientelísticos, o su atracción personal) son decisivas.

En Chile, la cuarta condición se presentó siempre en el período posterior a 1932, pero las primeras tres raramente se dieron al mismo tiempo.

Los únicos casos en los que se cumplieron estas condiciones fueron las elecciones del Senado y la Cámara Baja de 1932 y de 1989. En ambos años, las elecciones del Senado y de la Cámara Baja se regían por leyes electorales similares; por ende, podemos asumir que el voto estratégico sólo jugó un rol menor similar³.

Para estos dos casos de elecciones simultáneas con reglas electorales relativamente similares, construimos un índice (análogo a la volatilidad electoral) llamado *Cross Election Vote Differential* (CEVD), para estimar la diferencia agregada en los patrones de votación entre dos tipos de elecciones. El índice es igual a la suma de los valores absolutos de las diferencias que cada partido tiene entre la elección del tipo A y la del tipo B, dividido por dos. Por ejemplo, si el partido X obtiene el 25 % en la elección presidencial y el 15 % para la Cámara Baja, mientras que el partido Y obtiene el 45 % y el 35 % respectivamente, y el partido Z obtiene el 30 % y 50 % respectivamente, el CEVD es igual al 20 %.

$$\frac{[25 - 15] + [45 - 35] + [30 - 50]}{2} = \frac{10 + 10 + 20}{2} = 20$$

Para 1932, el CEVD entre el Senado y la Cámara de Diputados era del 16,1 %, reflejando claramente diferentes patrones de voto para las dos Cámaras. Para 1989, el CEVD entre el Senado y la Cámara de Diputados era muy alto (46,3 %), puesto que muchos partidos tuvieron resultados ampliamente divergentes para la Cámara Alta y la Baja. De este modo, las diferencias agregadas en los patrones de votación indican que, en 1932 y especialmente en 1989, un gran número de votantes apoyó a candidatos de diferentes partidos para cada una de las Cámaras, sugiriendo así que la estructuración partidaria del electorado era modesta.

2) Líderes antipartidistas

En una democracia en la cual la estructuración partidaria del voto es muy alta, la mayoría de los ciudadanos vota sobre la base de su simpatía partidaria, tornando difícil el acceso al poder para los políticos antipartidistas puesto que los partidos dominan de manera abrumadora los canales de reclutamiento político.

En Chile hay una tradición antipartidista más fuerte de lo que el saber convencional ha reconocido. En efecto, tres presidentes elegidos entre

³ Entre 1932 y 1973 la magnitud media del distrito para la Cámara de Diputados era de 5.7 con un rango de uno a dieciocho diputados por distrito. La magnitud del distrito para el Senado era de cinco en cada distrito. Desde 1989, la magnitud del distrito, en todos los distritos y para ambas cámaras, ha sido de dos.

1932 y 1958 eran populistas antipartidistas o tecnócratas, a saber: Arturo Alessandri (1932-38), Carlos Ibáñez (1952-58), y Jorge Alessandri (1958-64). Es más, hay una larga tradición de candidatos presidenciales tecnócratas o populistas que, a pesar de haber perdido, lograron un sólido apoyo popular. En seis de las once elecciones presidenciales entre 1932 y 1999, los candidatos independientes obtuvieron más del 30% de los votos, y en promedio obtuvieron el 22% —aunque con agudas fluctuaciones de una elección a otra— (Tabla 1). Sin embargo, la importancia de ello para una mayor comprensión de los partidos políticos chilenos del siglo veinte ha sido subestimada.

A pesar de haber sido líder del Partido Liberal y nominado por la Alianza Liberal, en la campaña electoral de 1920 Arturo Alessandri —quien era un orador carismático— se presentó frente a los partidos tradicionales como un candidato populista con un discurso anti-oligárquico. Este nuevo estilo populista, y el consecuente despertar político de la clase urbana trabajadora, fue considerado por la élite partidaria como una maldición. A pesar de la deserción de la mayor parte de su propia élite partidaria, Alessandri ganó la elección por un pequeño margen sobre el candidato de la Unión Nacional. Durante su presidencia continuó sus prácticas antipartidistas, contribuyendo a la deslegitimación de los partidos opositores y del Congreso antes de la ruptura democrática de 1925.

Con el restablecimiento de la democracia en 1932, Alessandri nuevamente se presentó con éxito a las elecciones presidenciales. Como comúnmente sostiene la literatura, el Alessandri de 1932 no era el mismo que el que ganó las elecciones en 1920, puesto que había suavizado sus actitudes hacia los partidos y fue apoyado por partidos de centro y centro-derecha. Sin embargo, aún durante la campaña electoral de 1932 y su posterior presidencia, Alessandri fue un líder que estaba por encima de los partidos.

Muchos analistas han subestimado el desafío que presentan las presidencias de Carlos Ibáñez (dictador entre 1927-31 y presidente democráticamente elegido entre 1952-58) y Jorge Alessandri (1958-64) a la afirmación de que los partidos chilenos son fuertes. Ibáñez se presentó sin éxito a la presidencia en 1938 —obteniendo menos del uno por ciento de los votos— y en 1942, obteniendo el 43,9%. Como dictador, Ibáñez persiguió a los partidos y al movimiento de los trabajadores, exilió a líderes de todos los partidos, y obligó a los partidos a someter sus listas de candidatos para elecciones nacionales a su aprobación⁴. El hecho de que un candidato de esa índole

⁴ J. S. Valenzuela, "Labor Movement Formation and Politics: The Chilean and the French Cases in Comparative Perspective", Tesis de doctorado, inédito, Universidad de Columbia, 1979, pág. 564; J. S. Valenzuela, "Orígenes...", *op. cit.*, pág. 37; T. Scully, *Rethinking the Center. Party Politics in Nineteenth- and Twentieth- Century Chile*, Stanford, 1992, pág. 85

podiera ganar la presidencia sugiere que su fuerte mensaje antipartidista encontró resonancia en la sociedad chilena.

Comúnmente se considera al segundo gobierno de Ibáñez como si hubiera sido una desviación temporaria de la regla de los partidos fuertes, pero que no afecta el juicio general sobre la fortaleza del sistema de partidos de 1932-73. La agitación del segundo período de Ibáñez sobre el sistema de partidos es considerada un fenómeno efímero, rápidamente enmendado en el período posterior. Moulian, por ejemplo, sostiene que “la declinación de los partidos tradicionales en 1953 [...] demostró ser efímera. En 1957 hubo un retorno a la situación habitual”. Por su parte, Gil escribió que “Después del fiasco ibañista los votantes nuevamente estaban dispuestos a depositar su fe en las organizaciones políticas muy sólidas”. El excelente libro de Scully es una excepción parcial a esta regla, al argumentar que la política antipartidista de Ibáñez erosionó las lealtades partidarias en el sector rural y, de esta manera, contribuyó a producir una gran transformación del sistema de partidos. Sin embargo, aún cuando concibe al segundo gobierno de Ibáñez como un elemento de crisis en el sistema de partidos que cambió su formato, ello no supone —según Scully— una debilidad del sistema de partidos emergente ni es una consecuencia de la fragilidad del sistema de partidos previo⁵.

Las presidencias de Ibáñez del Campo (1952-58) y, en menor medida, de Jorge Alessandri (1958-64) manifestaron características antipartidistas que ponen en duda la fortaleza de los partidos políticos chilenos. El solo hecho de que hayan alcanzado la presidencia y conservado las actitudes antipartidistas a lo largo de sus gobiernos, sugiere que los partidos chilenos no fueron tan fuertes como frecuentemente se sostiene. En efecto, que políticos antipartidistas accedan a la presidencia e impongan su estilo de hacer política significa que los partidos no controlan plenamente quién gobernará el país, lo que constituye un fracaso parcial del sistema de partidos.

Durante la administración de Ibáñez (1952-58), los políticos antipartidistas dominaron el ejecutivo y se extendieron hasta la legislatura. Esto demuestra que un político ampliamente conocido por su pasado antipartidista estaba capacitado para acceder a la presidencia. De hecho, el emblema de la campaña de Ibáñez de 1952 fue una escoba que simbolizaba cómo limpiaría al país de los políticos. Una vez elegido, fiel a su discurso antipartidista, “él descartó el procedimiento normal de elección de ministros de los partidos y formó gabinetes con extrapartidarios”⁶.

⁵ T. Moulian, *La forja de ilusiones: El sistema de partidos 1932-1973*, Santiago, 1993, págs. 104-105; Gil, *The Political System...*, *op. cit.*, pág. 80; Scully, *Rethinking...*, *op. cit.*, págs. 124-130. Ver también A. Valenzuela, *Political Brokers...*, *op. cit.*, pág. 5.

⁶ Gil, *The Political System...*, *op. cit.*, pág. 79. Ver también E. Würth, *Ibáñez: Caudillo enigmático*, Santiago, 1958.

Por su parte, la presidencia de Jorge Alessandri (1958-64) ha ofrecido aún menos motivos de preocupación a los especialistas que consideran que los partidos chilenos son fuertes. Sin embargo, aunque los partidos conservadores lo respaldaron y a pesar de su conexión (por medio de su familia) con el Partido Liberal —su padre y dos hermanos que fueron legisladores nacionales eran Liberales—, Alessandri se mantuvo independiente con un discurso antipartidista. Venció al candidato socialista Salvador Allende en las elecciones de 1958 por un margen estrecho en virtud de que el candidato populista Antonio Zamorano obtuvo un crucial 3,3% del electorado. En efecto, de no haber sido por la candidatura de este convencional antiguo sacerdote, es probable que Allende hubiese ganado. Posteriormente, criticó irónicamente a los partidos en tres de sus anuales Mensajes Presidenciales a la Nación⁷.

Tanto Ibáñez como Alessandri tradujeron sus discursos antipartidistas a instituciones políticas concretas: el primero a través de la creación de nuevos partidos políticos y el segundo mediante el reclutamiento de no-políticos para la administración de los asuntos públicos. En efecto, Alessandri pensaba que la administración pública y la política nacional deberían ser cuestiones puramente técnicas, y creía “en las virtudes de la tecnocracia, superior [según su opinión] a la política partidaria”⁸.

Asimismo, ambos estaban orgullosos de su independencia política durante sus respectivos mandatos a la vez que compartían un discurso y un sentimiento antipartidista fuertes. Sin embargo, no hubieran alcanzado la presidencia si las actitudes antipartidistas y despolitizadas no hubiesen estado difundidas en la sociedad chilena de los años '50. En efecto, Ibáñez y Jorge Alessandri no estaban solos en sus creencias sobre los partidos políticos en Chile puesto que gran parte del electorado compartía una visión atenuada sobre los partidos tradicionales y los políticos. A pesar de ello, los partidos lograron recuperar sus posiciones y roles sólo después de pagar altos costos políticos y tras arduas peleas contra el clima antipartidario que se extendió por la sociedad. No obstante, el sentimiento antipartidista resurgió fuertemente en Chile a menos de una década del fin del gobierno de Jorge Alessandri. La severa política y discurso antipartidista de la dictadura militar de 1973 tenía, así, antecedentes históricos próximos.

El surgimiento electoral de importantes partidos personalistas y candidatos independientes y la persistencia del discurso antipartidista en el

⁷ S. Carrasco, *Alessandri: Su pensamiento constitucional. Reserva de su vida pública*, Santiago, 1987, pág. 58

⁸ A. Angell, *Chile de Alessandri a Pinochet: En busca de la utopía*, Santiago, 1993, pág. 37

período post-1989 constituyen más evidencias de que muchos votantes no están apegados a los partidos. Aunque estaban identificados con y apoyados por partidos conservadores, Hernán Büchi y Arturo Alessandri, los candidatos presidenciales de la coalición de derecha –Unión Democrática Independiente (UDI)– en 1989 y 1993, eran independientes. Büchi, quien obtuvo el 29,4% de los votos en 1989, era un tecnócrata independiente, un desconocido no muy involucrado en la política partidaria. Además, si bien no es un partido personalista, desde sus orígenes en el Movimiento Gremialista la UDI ha propuesto un régimen semicorporativo donde las organizaciones sociales asumirían algunas de las funciones ejercidas por los partidos en las democracias liberales. Por ello frecuentemente repite los ataques sobre los partidos políticos tradicionales expresados por el régimen militar utilizando un discurso tecnócrata y antipartidista; Lavín –el candidato presidencial de la UDI en 1999– es un buen ejemplo de ello.

Por su parte, la Unión Centro-Centro (UCC) es un vehículo personalista creado por Francisco Javier Errázuriz, quien dirige al partido como si fuese de su propiedad⁹. Errázuriz obtuvo el 15,4% de los votos presidenciales como independiente en 1989 (luego formó la UCC), y José Piñera, un independiente con un discurso tecnócrata-populista, obtuvo el 6,2% de los votos en 1993. Los porcentajes de Errázuriz y Piñera fueron notables para los populistas de derecha si tenemos en cuenta que carecían virtualmente de una estructura partidaria. Ambos candidatos eran caudillos independientes con discursos antipartidistas; de modo que caudillismo, populismo y personalismo siguen siendo componentes del sistema de partidos chileno.

Las actitudes antipartidistas continúan estando presentes entre la derecha en la nueva democracia. Un buen indicio de ello es la constante presentación de candidatos pseudo-independientes en las elecciones locales y legislativas, especialmente por parte de la UDI y la Unión de Centro-Centro Progresista (UCCP). En las elecciones de diciembre de 1997, por ejemplo, la UDI eligió a cuatro senadores “independientes” contra sólo tres miembros regulares del partido.

Joaquín Lavín, el candidato de la derecha casi vencedor en las elecciones de 1999, es el primer candidato presidencial no independiente de la derecha desde 1952. Sin embargo, su discurso despolitizado y antipartidista fue similar al de Ibáñez, J. Alessandri y Pinochet. Según Tironi, Lavín ha

⁹ En diciembre de 1999, por desacuerdos políticos, Errázuriz lideró un golpe dentro del partido para derrocar al presidente electo del partido. Ver *La Tercera*, “UCC: El golpe de estado de Francisco Javier Errázuriz”, 31 de diciembre, 1999.

“satanizado” a los políticos¹⁰. En este sentido, Lavín repitió incesantemente que estaba por encima de los partidos, que su gobierno estaría compuesto por las mejores personas antes que por políticos, y que no habría más discusiones políticas sino únicamente soluciones prácticas. El 47,5 % de los votos que obtuvo en la primera vuelta (el porcentaje más alto obtenido para un candidato presidencial conservador en el siglo) pone de manifiesto que el discurso tecno-populista y antipartidista fue bien recibido por los votantes chilenos, especialmente por aquellos con preferencias conservadoras.

Los políticos antipartidistas o líderes populistas con lazos partidarios débiles no han sido tan predominantes en Chile como en varios países latinoamericanos tales como Argentina, Ecuador y Brasil. Sin embargo, los políticos antipartidistas sin afiliación partidaria fueron presidentes de Chile durante casi el 30% del período democrático de 1932-73. En contraste, Costa Rica (desde 1949 hasta el presente) y Uruguay (1942-73 y desde 1985 hasta el presente) nunca han tenido un presidente por fuera de sus dos principales partidos ni tampoco un presidente inequívocamente antipartidista.

3) Longevidad partidaria

Si los partidos tienen fuertes raíces en el electorado y en la sociedad, la mayoría de los votantes los apoya por muchos años, permitiéndoles así perdurar por mucho tiempo¹¹. Sin embargo, en Chile hay una contradictoria historia de estabilidad en las organizaciones partidarias. De los 71 partidos que obtuvieron bancas en las elecciones de la Cámara Baja entre 1932 y 1997, sólo los Radicales compitieron en todas (14 elecciones), y sólo 7 partidos compitieron en 7 o más. Los Socialistas y Comunistas también han tenido una continuidad organizacional considerable (aunque los Socialistas sufrieron varios cismas y algunos cambios de nombre). A pesar de estos casos, la continuidad organizacional fue bastante limitada. Cuarenta y seis de los setenta y un partidos participaron en sólo una o dos elecciones a lo largo de todo el período.

Los nombres de los partidos chilenos han cambiado significativamente. Este hecho refleja la limitada penetración de los partidos en la sociedad y/o la limitada lealtad de las élites partidarias hacia sus partidos. Los partidos de derecha tienen el peor *record* de longevidad. Durante el siglo XX, la derecha tuvo poca continuidad en los nombres de sus partidos. El Partido Conservador y el Partido Liberal (PC y PL, hoy desaparecidos) participaron en más elecciones (9) que ningún otro partido conservador durante el período pos-

¹⁰ E. Tironi, *El Mercurio*, 9 de enero, 2000.

¹¹ S. M. Lipset and S. Rokkan, “Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments”, en S. M. Lipset y S. Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*, Nueva York, 1967

terior a 1932, pero ambos partidos se dividieron varias veces. Hoy, el partido más antiguo de la derecha es Renovación Nacional (RN) que, si bien existe desde 1966, lleva este nombre desde la transición a la democracia.

En el centro, la continuidad de las organizaciones partidarias ha sido mayor. Sin embargo, se han registrado cambios, especialmente el fracaso del Partido Radical (PR) y su sustitución por el Partido Demócrata Cristiano (PDC) como el principal partido de centro. El Partido Radical, el principal partido de centro desde 1932 hasta 1961, declinó en 1973 cuando sus tres fracciones obtuvieron, en conjunto, el 7,4% de los sufragios. Desde esa fecha no se ha recuperado, obteniendo sólo el 5,5% de los votos en las elecciones para la Cámara Baja de 1989, el 3% en 1993, y el 3,1% en 1997. En la elección municipal de 1996 el PRSD (la fusión del PR con el SD) obtuvo el 6,5%, pero declinó en las elecciones de la Cámara Baja de 1997. Por su parte, la continuidad en la izquierda es más pronunciada, especialmente por el Partido Comunista (PCCH).

Según Mainwaring y Scully, "la habilidad de los partidos para sobrevivir un largo tiempo es un posible indicio de que han conseguido lealtades de largo plazo de algunos grupos sociales"¹². Estos autores utilizaron el porcentaje de votos obtenido por los antiguos partidos en las elecciones legislativas más recientes (tomando 1950 como punto de corte) como un indicador de la continuidad partidaria. En el caso chileno, los partidos políticos que existían en 1950 obtuvieron desde 1993 el 45% de las bancas de la Cámara Baja. De modo que entre los doce países de América Latina analizados por Mainwaring y Scully, Chile aparecía situado en octavo lugar, por debajo de Colombia (97,0%), Costa Rica (94,7%), Paraguay (90,0%), México (69,7%), y Venezuela (56,4%).

Otra manera de considerar la longevidad partidaria es centrandó la atención sobre la edad de aquellos partidos que obtuvieron al menos el 10% de las bancas en elecciones legislativas recientes¹³. Siguiendo este criterio, la edad promedio de los partidos chilenos que obtuvieron el 10% de las bancas legislativas en 1993 era de 32 años, mucho menor que la edad promedio en Colombia (144), Uruguay (112), Argentina (76), Paraguay (71), México (59), y Costa Rica (74)¹⁴. De este modo, la moderada continuidad organizacional de los partidos chilenos sugiere que la penetración partidaria en el electorado no ha sido tan fuerte como comúnmente se sugiere.

¹² S. Mainwaring y T. Scully, "Introduction: Party Systems in Latin America", en S. Mainwaring y T. Scully (eds.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford, 1995, pág. 13

¹³ R. Dix, "Cleavage Structures and Party Systems in Latin America", en *Comparative Politics*, vol. 22, N° 1, 1992; Mainwaring and Scully, "Introduction...", *op. cit.* págs. 14-15

¹⁴ Mainwaring y Scully le otorgan una edad promedio de 37 años a los partidos políticos de Chile con al menos el diez por ciento de las bancas en la Cámara Baja. En oposición

Los partidos en la legislatura

Aunque excede los propósitos de este artículo proporcionar un análisis detallado sobre las otras dimensiones de la fortaleza de los partidos, se realizarán unos breves comentarios. En dos áreas se requieren más trabajos para evaluar detalladamente la fortaleza de los partidos.

En primer lugar, son necesarias más investigaciones sobre los partidos chilenos en la legislatura¹⁵, especialmente sobre la disciplina partidaria y el grado de lealtad de los senadores y diputados hacia sus partidos. Si bien la evidencia sugiere que los partidos son bastante disciplinados¹⁶, esta lealtad partidaria no es de hierro. RN, por ejemplo, ha soportado divisiones y una carencia de disciplina partidaria respecto a las enmiendas constitucionales durante los últimos dos gobiernos. Asimismo, Gil afirmó que entre 1953 y 1956 los legisladores “han cambiado frecuentemente su afiliación partidaria”¹⁷.

Los partidos como organizaciones

En segundo lugar, también necesitan ser realizados más trabajos sobre la fortaleza organizacional de los partidos chilenos¹⁸. Sin embargo, parece que la mayoría de los partidos careció generalmente de fuertes organizaciones. En efecto, la mayoría de ellos son profesionalmente débiles, y poseen pocos recursos y técnicas administrativas arcaicas. Las excepciones han sido los Demócrata Cristianos desde 1964 y el Partido Comunista; este último sufrió una intensa persecución que lo ayudó a desarrollar una estructura clandestina y bien organizada. Al respecto, Gil afirmó en 1966 que el Partido Comunista es “el único partido en Chile en que los funcionarios permanentes del partido reciben todo su apoyo financiero de la organización”¹⁹.

a Mainwaring y Scully, nosotros creemos que el PPD y el PS deben ser vistos como partidos diferentes. El PPD fue creado en 1987 y, por tanto, en 1993 tenía seis años. Asimismo, a pesar de que la UDI legalmente se fundó en 1987, en la práctica comenzó a existir en 1983. Esto explica nuestro valor diferente para el porcentaje de bancas de la Cámara Baja obtenidas en 1993 por los partidos que existían en 1950.

¹⁵ Algunas excepciones son W. H. Agor, *The Chilean Senate: Internal Distribution of Influence*, Austin, 1971; J. Carey, “Electoral Reform and the Chilean Legislative Party System”, paper preparado para la reunión anual de la Midwest Political Science Association, Chicago, 1998; y J. Carey, “Party and Coalition Unity in Legislative Voting”, Washington University Department of Political Science, Working Paper N° 376, 1999.

¹⁶ Carey, “Electoral Reform...”, *op. cit.*; y Carey, “Party and Coalition...”, *op. cit.*

¹⁷ Gil, *The Political System...*, *op. cit.*, pág. 121. Ver también pág. 74.

¹⁸ Hay muchos estudios realizados sobre partidos aislados en Chile, pero muchos de ellos dedicaron poca atención sistemática a los partidos como organizaciones, Gil, *The Political System...*, *op. cit.*, está entre las excepciones.

¹⁹ Gil, *The Political System...*, *op. cit.*, pág. 281

Los partidos en la sociedad civil organizada

Este tema ha sido bien estudiado, y muchos autores han estado de acuerdo en que los partidos chilenos tuvieron fuertes y profundas conexiones con organizaciones sociales. Los partidos penetraron todo tipo de instituciones y establecieron una firme red de apoyo social. Esta es la arena en donde la visión dominante acerca de los partidos chilenos es probablemente la más exacta. Los partidos chilenos participaron activamente en la construcción de una red de organizaciones mediáticas (revistas, periódicos, radios, etc.) y en la creación de una sociedad civil²⁰. Sin embargo, desde el retorno de la democracia los vínculos entre los partidos y las organizaciones sociales parecen haberse debilitado sustancialmente²¹.

¿Sistemas de partidos tripartitos?

Algunos analistas influyentes han afirmado que, por lo menos desde 1932, los sistemas de partidos chilenos han estado divididos en tres tendencias ideológicas —izquierda, centro, y derecha— que han disfrutado constantemente del respaldo de una parte considerable del electorado. Por otra parte, estos autores enfatizan que el nivel de respaldo electoral para las tres tendencias ideológicas varía dentro de parámetros previsibles. Scully, por ejemplo, escribió que “durante el curso de doce décadas de casi ininterrumpida competencia política, cada uno de estos tres bloques políticos obtuvo casi invariablemente entre una tercera y una cuarta parte de los votos”. En una formulación que permite grandes desplazamientos en el apoyo electoral, J. S. Valenzuela afirma que cada una de estas tres tendencias obtuvo regularmente entre el 20% y el 40% de los votos. En un esfuerzo conjunto, Valenzuela y Scully afirmaron que cada uno de esos tres bloques obtuvo regularmente entre el 25% y el 40% de los votos²².

²⁰ P. Oxhorn, *Organizing Civil Society: The Popular Sectors and Democracy in Chile*, University Park, 1995; C. Schneider, *Shantytown Protest in Pinochet's Chile*, Philadelphia, 1995; A. Angell, *Politics and the Labour Movement in Chile*, London, 1972; Angell, *Chile de Alessandri a Pinochet...*, *op. cit.*; J. S. Valenzuela, “Labor Movement...”, *op. cit.*; A. Valenzuela, *The Breakdown...*, *op. cit.*

²¹ Oxhorn, *Organizing Civil Society...*, *op. cit.*; K. Roberts, *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*, Stanford, 1998

²² T. Scully, “Reconstituting Party Politics in Chile”, en S. Mainwaring and T. Scully (eds.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford, 1995, pág. 100; J. S. Valenzuela, “Orígenes...”, *op. cit.*; J. S. Valenzuela y T. Scully, “Electoral Choices and the Party System in Chile: Continuities and Changes at the Recovery of Democracy”, en *Comparative Politics*, vol. 29, N° 4, julio 1997. Ver también Gil, *The*

Muchos especialistas han argumentado que esta distribución tripartita del electorado, junto con la polarización del sistema de partidos en los años '60, la intransigencia de los partidos de centro y los efectos del sistema presidencial estaban entre las causas fundamentales del quiebre de la democracia en 1973²³. Asimismo, algunos autores han argumentado que la conocida distribución tripartita del electorado ha reaparecido luego de la transición democrática²⁴.

En la literatura ya existen dos controversias sobre este tema. ¿Ha sido consistente la dinámica competitiva tripartita del sistema de partidos? Recientemente algunos autores han cuestionado esta visión. Y ¿cuán parejos y consistentes han sido los bloques ideológicos en términos electorales? Moulian, Huneeus, y Auth cuestionaron el argumento sobre la relativa igualdad de la distribución tripartita del electorado chileno²⁵. Ellos argumentan que en muchas ocasiones estas tres tendencias han obtenido totales de votos ampliamente divergentes. Nosotros coincidimos con ese punto de vista. Desde 1932 los sistemas de partidos chilenos tuvieron partidos con un apoyo significativo en la izquierda, centro, y derecha, pero la afirmación de que Chile

Political System..., *op. cit.*; K. Silvert, *Chile: Yesterday and Today*, New York, 1965; R. Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile 1925-1973*, Santiago, 1984; A. Valenzuela, "Party Politics and the Crisis of Presidentialism in Chile: A Proposal for a Parliamentary Form of Government", en J. Linz y A. Valenzuela (eds.), *The Failure of Presidential Democracy: The Case of Latin America*, Baltimore, 1994; A. Valenzuela y J. S. Valenzuela (eds.), *Military Rule in Chile*, Baltimore, 1986; Scully, *Rethinking the Center...*, *op. cit.*

²³ E. Boeninger, "Chile su futura democracia", en E. Frei (ed.), *Futura institucionalidad de la paz en Chile*, Santiago, 1977; A. Valenzuela, *The Breakdown...*, *op. cit.*; M. Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, 1985; C. Gazmuri, "Algunos antecedentes acerca de la gestación de la crisis chilena de 1970-1973", en *Opciones*, N° 9, 1986; F. Agüero, G. Sunkel, E. Tironi y E. Valenzuela, "Voters, Parties and Political Intermediation in Post-Authoritarian Chile", paper preparado para el XX International Congress de la Latin American Studies Association, Guadalajara, 17-19 de abril, 1997.

²⁴ G. Urzúa V., *Historia política de Chile y su evolución electoral (Desde 1810 a 1992)*, Santiago, 1992; Scully, "Reconstituting...", *op. cit.*; Valenzuela y Scully, "Electoral Choices...", *op. cit.*; P. Siavelis y A. Valenzuela, "Electoral Engineering and Democratic Stability: The Legacy of Authoritarian Rule in Chile", en A. Lijphart y C. H. Waisman (eds.), *Institutional Design in New Democracies: Eastern Europe and Latin America*, Boulder, 1996; J. Bosworth y G. Munck, "Political Parties in Post-Pinochet Chile: Representation and Competition", paper preparado para el XX International Congress de la Latin American Studies Association, Guadalajara, 17-19 de abril, 1997.

²⁵ Moulian, *La forja de ilusiones...*, *op. cit.*; C. Huneeus, *Los chilenos y la política: Cambio y continuidad en el autoritarismo*, Santiago, 1987; J. Auth, "Elecciones presidenciales y parlamentarias de 1993", en *Estudios Públicos*, N° 54, 1994

ha tenido una división consistente en tres tercios aproximadamente iguales no tiene fundamentos empíricos para los períodos 1932-73 y 1989-99.

¿Una dinámica competitiva tripartita?

Esta pregunta es compleja, y no podemos resolverla totalmente aquí por limitaciones de espacio. Desde el tiempo en que se fundó el Partido Comunista en 1922 hasta los años '80, la visión tripartita sólo ocasionalmente estuvo bien fundada. Antes de 1922 no había un partido de derecha importante en el sentido moderno, por lo tanto extender el argumento anterior es cuestionable.

Entre 1932 y 1973 el sistema de partidos tuvo una competencia bipolar, tripolar y multipolar en el nivel parlamentario y municipal. La competencia electoral y la dinámica legislativa cambiaron fluidamente desde un multipolarismo a un tripartidismo y un bipolarismo. Nosotros coincidimos con J. S. Valenzuela, quien afirma que cada uno de los tres bloques ideológicos usualmente tenía dos tendencias que competían entre sí²⁶. En efecto, entre 1932 y 1937 la competencia era multipolar y los tres bloques estaban internamente divididos. Hasta la formación del Frente de Acción Popular (FRAP), los Socialistas y los Comunistas compitieron ferozmente para ganar la lealtad del electorado de izquierda y de las organizaciones sociales. Sin embargo, ambos partidos entre 1937 y 1941 ocasionalmente unieron sus fuerzas con los Radicales formando el FRAP, lo que creó una estructura de competencia esencialmente bipolar en todos los niveles electorales. Pero después del fracaso del FRAP, la división tanto de la izquierda como de la derecha llevó a otro período de competencia multipolar. Asimismo, luego de la formación de los Demócrata Cristianos en los cincuenta, el centro se convirtió en una arena dividida. Durante el segundo gobierno de Ibáñez, la competencia política osciló erráticamente desde un bipolarismo hacia un multipolarismo.

También es dudoso si luego de 1989 el sistema de partidos ha estado caracterizado primordialmente por una competencia electoral y una dinámica legislativa tripartita. En una contribución reciente, Carey ha argumentado convincentemente que tras 1989 el sistema de partidos ha estado caracterizado fundamentalmente por una competencia bipolar y una dinámica legislativa bipolar entre la coalición gobernante de centro/ centro-izquierda y la oposición conservadora. Tironi y Agüero hicieron un comentario al respecto: que

²⁶ J. S. Valenzuela, "Respuesta a Eugenio Tironi y Felipe Agüero: Reflexiones sobre el presente y futuro del paisaje político chileno a la luz de su pasado", en *Estudios Públicos*, No 75, 1999, pág. 284

la dinámica electoral ha sido bipolar desde 1989 y que el clivaje fundamental ha sido entre aquellos que respaldaron al régimen militar y aquellos que se opusieron al mismo²⁷. En ambas interpretaciones, la división entre izquierda y centro, que alguna vez fue amarga, ha dado lugar a una mayor cooperación. Además, las pronunciadas diferencias programáticas que separaron a la izquierda y al centro desde 1922 hasta 1973 se han atenuado considerablemente si se sitúa a los Socialistas y al PPD en la izquierda.

En el período posterior a 1989, y hasta el presente, la competencia electoral y la dinámica legislativa han sido primordialmente bipolares, pero su continuidad en el futuro no es para nada evidente. Las elecciones presidenciales de 1993 y 1999 (y en un menor grado las elecciones parlamentarias correspondientes al período 1989-1997) consolidaron la coalición que ha gobernado Chile desde marzo de 1990 (como también la coalición opositora), de la misma manera en que la naturaleza mayoritaria de las elecciones presidenciales fuerza un acuerdo sobre un único candidato. Aunque la elección presidencial de 1999 tuvo sólo dos candidatos importantes y la Concertación sigue pareciendo sólida, la potencial fractura de la coalición de gobierno podría llevar a la fluidez de las coaliciones y, eventualmente, de las dinámicas legislativas y electorales.

La visión tripartita de los sistemas de partidos chilenos es poco concordante con la estructura de competencia bipolar en la mayoría de las elecciones presidenciales. Como muestra la Tabla 2, de las 11 elecciones presidenciales que tuvieron lugar desde 1932, sólo en 1946, 1958 y 1970 el que terminó en el tercer puesto logró obtener al menos el 20% de los votos. El porcentaje medio de votos obtenidos por las terceras fuerzas electorales, en todo el período, es sólo del 13.9%. Sólo en 1970 la elección presidencial presentó una competencia equilibrada entre los tres candidatos, reflejando así las tres tendencias.

El voto estratégico y la oferta estratégica de candidatos jugaron un rol importante en la generación de una estructura de competencia bipolar en la mayoría de las elecciones presidenciales. Sin embargo, la estructura del sistema de partidos a nivel presidencial significa que se simplifica un tanto al caracterizar a los sistemas de partidos de 1932-73 y post-1989 como tripartitos. Hasta 1973, ocasionalmente era tripartita a nivel legislativo y posiblemente a nivel electoral, pero no lo era usualmente en el presidencial. Por otra parte, las elecciones presidenciales de 1989, 1993 y 1999 estuvie-

²⁷ Carey, "Electoral Reform...", *op. cit.*; E. Tironi y F. Agüero, "¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?", en *Estudios Públicos*, N° 74, 1999. Para un argumento contrario ver J.S. Valenzuela, "Respuesta...", *op. cit.*

ron caracterizadas por una competencia bipolar, aún cuando el sistema electoral reducía los incentivos para el voto estratégico en la primera vuelta²⁸.

La distribución del voto por tendencia ideológica

La otra cuestión de la polémica es cuán equitativamente se distribuyeron los votos entre los partidos de izquierda, centro y conservadores. Para poder dar cuenta de esto, agrupamos a los partidos chilenos en tres bloques ideológicos y calculamos su porcentaje de votos en la Cámara de Diputados (Tabla 3). Los datos muestran la naturaleza problemática de la afirmación que sostiene que los tres bloques ideológicos obtuvieron consistentemente casi el mismo apoyo electoral. Cada uno de los tres grandes bloques ideológicos logró obtener entre el 20% y el 40% de los votos únicamente en cuatro de catorce elecciones para la Cámara Baja que tuvieron lugar entre 1932 y 1997 (1941, 1961, 1993 y 1997). La octava columna muestra la diferencia entre el bloque mayor y el menor en una elección determinada. Si cada uno de los tres bloques obtiene entre el 25% y el 40% de los votos, la diferencia sería del 15% o menos. Éste sólo fue el caso en cuatro de catorce elecciones (1941, 1961, 1993 y 1997); en las otras diez la diferencia fue de, por lo menos, el 19%. Entre el bloque que obtuvo más votos y el que menos votos ganó la norma es una diferencia abismal, siendo la diferencia media para las 14 elecciones del 24,8%.

La Tabla 3 puede subestimar las debilidades de la visión según la cual el sistema de partidos post-1989 tuvo tres bloques ideológicos aproximadamente iguales. Ello se debe a que el Partido Socialista (PS) experimentó una profunda transformación bajo el régimen militar, desde un partido comprometido con el socialismo revolucionario a uno ubicado en la centro-izquierda del espectro político²⁹. En efecto, el PS y el PPD post-1989 se volcaron plenamente a una economía de mercado y a una democracia liberal. En este sentido, a partir de 1973 la "izquierda" se ha reducido mucho más que lo que muestra la Tabla 3. Estas observaciones nos hacen dudar acerca de la precisión y utilidad de la visión tripartita del sistema de partidos para el período posterior a 1989.

¿Pueden ser nuestros resultados, que desacreditan fuertemente la idea de que cada una de las tres tendencias obtuvo consistentemente entre el 20 y el 40% de los votos, producto de una mala clasificación de las tendencias ideológicas de algunos partidos? Para examinar esta posibilidad, también

²⁸ M. S. Shugart y J. M. Carey, *Presidents and Assemblies: Constitutional Design and Electoral Dynamics*, Cambridge, 1992, págs. 206-225

²⁹ Roberts, *Deepening Democracy?...*, op. cit.; I. Walker, *Socialismo y democracia: Chile y Europa en perspectiva comparada*, Santiago, 1990.

utilizamos la clasificación de Siavelis³⁰, que proporciona distintos datos – hecho que subraya la fluidez de los bloques ideológicos—. A pesar de que la clasificación de Siavelis muestra un apoyo ligeramente más fuerte a la igualdad electoral de las tres tendencias ideológicas, éstas lograron obtener entre el 20 y 40% de los votos en sólo 5 de 12 elecciones para la Cámara Baja de 1937 a 1993.

Dado que frecuentemente los tres bloques no han competido en condiciones aproximadamente iguales, es más preciso hablar de tres tendencias ideológicas cuya fuerza electoral varió significativamente a lo largo del tiempo que de tres tercios aproximadamente iguales. Como sostiene J. S. Valenzuela, tanto el sistema de partidos de 1932-73 como el post-1989 son sistemas multipartidistas en los que prevalecieron confrontaciones bipolares³¹.

A pesar de las características distintivas de los tres bloques entre 1932 y 1973, un mayor porcentaje de votos generalmente fue a candidatos y partidos que carecían de un perfil ideológico fuerte. Esto fue particularmente cierto en las décadas del '40 y del '50, donde líderes personalistas obtuvieron importantes porcentajes de votos.

Estabilidad, continuidad, y cambios en el sistema de partidos

Este tema está estrechamente relacionado con la fortaleza de los partidos en el electorado. Si la mayoría de los votantes son fieles al mismo partido a través del tiempo, tal lealtad partidaria crea la base para la estabilidad en la competencia interpartidaria y para una baja volatilidad electoral. Bajo estas circunstancias, el electorado “flotante” (no comprometido) es pequeño. Por el contrario, si un gran número de votantes es independiente, los resultados variarán más marcadamente de una elección a otra. Dada la relación que existe entre la estructuración partidaria del electorado y la estabilidad del sistema de partidos y considerando nuestra visión de que la lealtad partidaria en el electorado no ha sido particularmente profunda, no es sorprendente que creamos que la información empírica indica más cambios en el sistema de partidos de 1932-73, y también desde 1973 a 1989, de lo que usualmente sugieren los especialistas.

La mayoría de los análisis ha considerado a los sistemas de partidos chilenos como bastante estables. En este sentido, J. S. Valenzuela expresó

³⁰ P. Siavelis, “Continuity and Change in the Chilean Party System: On the Transformational Effects of Electoral Reform”, en *Comparative Political Studies*, vol. 30, N° 6, 1997, pág. 666

³¹ J. S. Valenzuela, “Orígenes...”, *op. cit.* pág. 74

que “desde la perspectiva de las preferencias electorales a favor de las principales tendencias políticas, la continuidad desde 1925 es notable”. Por su parte, A. Valenzuela concluyó que “este sistema competitivo ha permanecido notablemente estable por décadas”, argumentando que las diferencias en los resultados electorales de las contiendas presidenciales se debían más a las cambiantes coaliciones políticas que a los cambios en la opinión pública³². Aunque recientemente algunos autores han resaltado los grandes cambios en el sistema de partidos chileno³³, han prevalecido las interpretaciones que enfatizan la continuidad.

El fundamento principal para la percepción sobre la estabilidad de los sistemas de partidos ha sido la conocida continuidad de los bloques políticos. Por ejemplo, J. S. Valenzuela y Scully analizaron las continuidades en las preferencias electorales mirando los resultados de las elecciones municipales previas a 1973 y post-1988, focalizándose en los tres grandes bloques ideológicos. Ellos concluyeron que “hay continuidades significativas entre las preferencias electorales anteriores y posteriores al autoritarismo en Chile. Éstas se observan con más fuerza en la división del electorado en tendencias —derecha, centro, izquierda— y también en el apoyo electoral para partidos específicos...”³⁴.

Empíricamente, Valenzuela y Scully —como también un artículo reciente de J. S. Valenzuela— basan sus afirmaciones sobre la continuidad, en parte, en las correlaciones entre el voto previo a 1973 y posterior a 1989. Ellos analizaron las correlaciones en los patrones de votación en el ámbito local. Nosotros interpretamos estos resultados de manera distinta. Sus datos muestran modestas continuidades en el apoyo electoral para la derecha, pero

³² J. S. Valenzuela, “Orígenes...”, *op. cit.*, pág. 10; A. Valenzuela, *Political Brokers...*, *op. cit.*, pág. 10. Otros trabajos que enfatizan la continuidad son R. Ayres, “Unidad Popular and the Chilean Electoral Process”, en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela (eds.), *Chile: Politics and Society*, New Brunswick, 1976; J. Prothro y P. Chaparro, “Public Opinion and the Movement of Chilean Government to the Left, 1952-1972”, en Valenzuela y Valenzuela, *Chile...*, *op. cit.*; E. Saffirio, “El sistema de partidos y la sociedad civil en la redemocratización chilena”, en *Estudios Sociales*, vol. 82, N° 4, 1994; Siavelis, “Continuity...”, *op. cit.*; A. Valenzuela y J. S. Valenzuela, “Party Oppositions under the Chilean Authoritarian Regime”, en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela y (eds.), *Military Rule in Chile: Dictatorship and Oppositions*, Baltimore, 1986

³³ Carey, “Electoral Reform...”, *op. cit.*; y “Party and Coalition...”, *op. cit.*; Tironi y Agüero, “¿Sobrevivirá...”, *op. cit.*

³⁴ Valenzuela y Scully, “Electoral Choices...”, *op. cit.*, pág. 524; A. Angell, “Political Parties in Chile”, en S. White, D. Stansfield y P. Webb (eds.), *Political Parties in Transitional Democracies*, en prensa, está de acuerdo con este punto de vista. Otro ejemplo es el clásico de A. Valenzuela, *The Breakdown...*, *op. cit.*

muestran una correlación sorprendentemente negativa (-.18) entre el PDC en 1973 y los votos de la Cámara Baja de 1989. Esta correlación negativa indica que las bases sociales de apoyo para el PDC han cambiado; ahora, en promedio, el partido tiene menos éxito en aquellas comunas donde a fines de la década del '60 y principios de la década del '70 tuvo más éxito que la media. Este descubrimiento es, parcialmente, producto de los cambios del sistema electoral: desde 1989, los partidos más importantes han tenido que negociar en qué distritos se postularían sus candidatos.

En otra publicación, Valenzuela muestra correlaciones de .55 entre las elecciones municipales de 1967 y de 1992 para el Partido Comunista, de .33 para el PDC, .32 para el Partido Socialista, .14 para el Partido Radical, .27 para Renovación Nacional comparado con el Partido Nacional de 1967, y .17 para UDI comparado con el Partido Nacional de 1967. Por su parte, el PPD carece de una correlación significativa con cualquier otro partido³⁵. Elevando al cuadrado estas correlaciones obtenemos el porcentaje de la varianza (es decir, el R^2) entre localidades en las elecciones de 1992 usando los porcentajes de los votos de 1967 como única variable independiente. Exceptuando al Partido Comunista, donde uno esperaría encontrar patrones geográficos de apoyo más estables, el porcentaje de 1967 sólo predice desde 2,0% (Radicales) a 10,9% (PDC) de la varianza en la *performance* electoral de los partidos en 1992. Aunque nos faltan suficientes datos comparables de otros países como para estar seguros dónde se sitúa el caso chileno, estas correlaciones no parecen apoyar los argumentos a favor de fuertes continuidades. Por el contrario, sugieren poderosos cambios; nuestra sospecha es que la magnitud de la continuidad en los patrones electorales locales chilenos no es particularmente alta en términos comparativos³⁶. Por tanto, la conclusión de que “durante 16 años de dictadura no ha cambiado el perfil político de las comunas nacionales” es debatible³⁷.

A pesar de que cuestionamos sus conclusiones, la investigación hecha por Valenzuela y Scully, esto es, usar los resultados locales para detectar los patrones de los cambios y continuidades, es invaluable. Esperamos que otros especialistas que estén investigando a otros países y otras regiones emprendan esfuerzos similares.

³⁵ J. S. Valenzuela, “Respuesta...”, *op. cit.*, pág. 287

³⁶ Juan Linz mostró que en España, a nivel provincial, hubo una correlación entre el voto del PSOE de 1936 y el de 1977. Ver “The New Spanish Party System”, en R. Rose (ed.) *Electoral Participation*, Beverly Hills, 1980, pág. 103. También muestra una alta correlación entre el voto de izquierda de 1936 y los comunistas (.68) y socialistas (.54) en 1977. El hiato de 41 años de duración entre las elecciones fue más que el doble de largo que el de Chile; lo que debería haber generado, *ceteris paribus*, mayores cambios y menores correlaciones.

³⁷ Valenzuela y Scully, “Electoral Choices...”, *op. cit.*, pág. 521

Volatilidad Electoral

Los datos acerca de la volatilidad electoral refuerzan la evidencia de que existen llamativos cambios en el período de 1932-73 y desde 1973 a 1989, pero indican mayores grados de estabilidad durante el período 1989-1997. Con el fin de examinar la estabilidad del sistema de partidos, utilizamos a los partidos antes que a las tendencias como unidad de análisis porque creemos que los partidos son la unidad más importante. Si la fortuna electoral del partido A crece mientras que la del partido B declina, esto representa un importante cambio en el sistema de partidos aun si A y B pertenecen al mismo bloque ideológico. En Chile, partidos del mismo bloque ideológico frecuentemente han sido adversarios: los Socialistas contra los Comunistas, los Demócratas Cristianos *versus* los Radicales en las décadas de 1950 y 1960, en tiempos recientes el PPD contra los Socialistas, y UDI *versus* RN. Los estudios sobre la continuidad electoral basados en los bloques ideológicos no captan tales cambios.

Además, los bloques y las tendencias no son instituciones. Normalmente no tienen etiquetas u organizaciones, y no presentan candidatos. Las tendencias son agrupamientos teóricos difusos —aunque valiosos—. Las “etiquetas” de los partidos constituyen el instrumento básico de identificación para individuos y organizaciones sociales, en mayor medida que los bloques ideológicos. En efecto, los votantes eligen un partido, un candidato o una coalición si es que las leyes electorales lo permiten, pero no eligen un bloque ideológico. En un sistema de partidos estable, no son sólo estables las lealtades del electorado sino también los partidos mismos.

Para examinar la estabilidad electoral, usamos el índice de volatilidad electoral de Pedersen³⁸. El índice se calcula considerando los cambios en el porcentaje de votos de cada partido de una elección a otra como un valor absoluto, sumando estos porcentajes de cambio, y dividiéndolo por dos³⁹.

³⁸ M. Pedersen, “Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party Systems, 1948-1977: Explorations in Explanation”, en H. Daalder y P. Mair (eds.), *Western European Party Systems: Continuity and Change*, Beverly Hills, 1983. Ver también A. Przeworski, “Institutionalization of Voting Patterns, or is Mobilization the Source of Decay?”, en *American Political Science Review*, vol. 85, N° 3, septiembre, 1975.

³⁹ Si todos los partidos retienen el mismo porcentaje de votos desde la elección T_1 a la elección T_2 , la volatilidad sería nula. Si los partidos que obtienen votos en la elección T_1 no obtienen votos en la elección T_2 , la volatilidad sería del 100%. Si los partidos A, B, y C obtienen el 44%, el 34% y el 22% respectivamente en la elección T_1 , y 38%, 43% y 19% respectivamente en la elección T_2 , los valores absolutos de las diferencias (6% + 9% + 3%) daría un total de 18% y una volatilidad electoral del 9%.

Idealmente, deberíamos calcular la volatilidad electoral para distintos tipos de elecciones: la Cámara Baja, la Cámara Alta, la presidencia, etcétera. Sin embargo, algunos problemas hicieron imposible calcular la volatilidad para las elecciones presidenciales en Chile. En efecto, los partidos generalmente formaron alianzas para las elecciones presidenciales y, frecuentemente, estas alianzas cambiaron de una elección a otra creando problemas para la comparación.

Volatilidad en las elecciones de la Cámara Baja

La Tabla 4 presenta información sobre la volatilidad electoral para las elecciones de la Cámara Baja. Un sistema de partidos estable debería tener una baja volatilidad. Sin embargo, la volatilidad fue alta durante el período de 1932-1997, con un descenso entre las dos últimas elecciones. La volatilidad media para todo el período fue de 26,1%. En vista del largo hiato entre las elecciones de 1973 y 1989, también calculamos la volatilidad media para 1932-73 (27,6%) y 1989-97 (13,4%).

Esta volatilidad es mucho más alta que la de cualquiera de los 13 países de Europa occidental que analizaron Bartolini y Mair. Ellos estudiaron 303 elecciones entre 1885 y 1985, y sólo 24 estaban caracterizadas por un exceso de volatilidad del 17,2%⁴⁰. La volatilidad chilena también es marcadamente más alta que la de Colombia (1958-94), Costa Rica (1949-94), Uruguay (1942-73 y 1984-94), y Venezuela (1958-94) —los otros países de América Latina que han logrado sostener regímenes democráticos por al menos 25 años consecutivos—⁴¹.

Aún aludiendo a la larga pausa de la dictadura, la volatilidad electoral desde 1973 hasta 1989 (36,8%) fue marcadamente más alta que durante algunos períodos autoritarios extensos en otros países de América Latina. Por ejemplo, la volatilidad electoral en Uruguay entre 1971 y 1984 fue de 5,2%.

Volatilidad en las elecciones del Senado

Los distritos que eligen a un senador en una elección no lo hacen en la próxima, incluso para el período de 1932-73. Bajo estas condiciones, sería engañoso usar el índice de volatilidad electoral de elecciones consecutivas dado que

⁴⁰ S. Bartolini y P. Mair, *Identity, Competition and Electoral Availability. The Stabilization of European Electorates 1885-1985*, Cambridge, 1990. La volatilidad media por país en el período 1885-1985 fue la siguiente: Francia 15,8%, Alemania 11,5 %, Irlanda 9,8%, Italia 9%, Holanda 8,9%, Dinamarca 8,4%, Bélgica 8,4%, Noruega 8,2%, Suecia 7,7%, Reino Unido 6,8%, Suiza 6,8%, Finlandia 5,8% y Austria 5,6%.

⁴¹ Mainwaring and Scully, "Introduction...", *op. cit.*, págs. 8-10, y M. Coppedge, "Freezing in the Tropics: Explaining Party System-Volatility in Latin America", paper preparado para la reunión de la Midwest Political Science Association, Chicago, 6-8 de abril, 1995, proveen datos de volatilidad electoral para varios países de América Latina.

estaría basado en distintos grupos de electores. Por consiguiente, en vez de calcular la volatilidad en elecciones consecutivas, la calculamos para elecciones consecutivas dentro de los mismos distritos electorales. La volatilidad fue del 36,5% para 1932-37, 31,3% para 1932-41, 23,0% para 1937-45, 35,5% para 1941-49, 50,9% para 1945-53, 36,0% para 1949-57, 46,9% para 1956-61, 43,1% para 1957-65, 32,3% para 1961-69, y 7,7% para 1965-73⁴².

La volatilidad media de 34,3% (8,2% más alta que la media para la Cámara Baja) muestra la baja estabilidad del sistema de partidos para el Senado. El valor más bajo durante el período de 1932-73 (7,7% entre 1965 y 1973) es bajo gracias al agrupamiento *ad hoc* de los partidos bajo dos "etiquetas" para las elecciones del Senado de 1973⁴³.

Volatilidad en elecciones municipales

Durante la mayor parte del período de 1935-1996, la volatilidad en las elecciones municipales fue alta. La volatilidad media para todo el período fue de 22,6%, bastante más baja que la media para las elecciones de la Cámara Baja (26,1%), pero igualmente es un valor moderadamente alto. La volatilidad media entre 1935 y 1971 fue de 22,8%. La volatilidad fue de 20,1% para 1935-38, 17,3% para 1938-41, 20,2% para 1941-44, 19,3% para 1944-47, 31,1% para 1947-50, 36,0% para 1950-53, 13,8% para 1953-56, 37,4% para 1956-60, 15,2% para 1960-63, 20,2% para 1963-67, 20,7% para 1967-71, 32,8% para 1971-92, y 9,9% para 1992-96.

El método utilizado para calcular la volatilidad electoral en elecciones municipales —que consiste en agregar a nivel nacional los resultados del nivel local— puede subestimar sustancialmente la volatilidad en el ámbito local porque los cambios en la conducta electoral municipal pueden cancelarse mutuamente. Por esta razón, para el período electoral de 1992-96 hicimos un análisis detallado de la volatilidad a nivel local. Para este fin, la mejor unidad de análisis es la comuna, la unidad territorial administrativa más pequeña de Chile.

A la luz de la relativamente baja volatilidad nacional agregada (9,9%) para las elecciones municipales en el período electoral de 1992-96, la volatilidad media de las 334 comunas chilenas en el período en cuestión fue muy alta: 29,2%. De las 334 comunas, 140 tuvieron una volatilidad del 40% o más, y una alcanzó el 82,3%. De este modo, bajo un patrón estable a nivel nacional, encontramos que hubo rápidos cambios electorales que, al agregar los resultados, se cancelaban

⁴² Es imposible calcular la volatilidad para los períodos de 1969-89 y 1973-89 debido a la profunda reorganización de los distritos electorales para el Senado.

⁴³ Calculamos la volatilidad para 1965-73 agrupando los partidos en dos coaliciones para la elección de 1965 tal como se unieron en 1973.

mutuamente. Estas profundas fluctuaciones en el nivel local son inconsistentes con lo que se esperaría en un sistema de partidos altamente estable.

Estos datos acerca de la volatilidad electoral en la Cámara Baja, Senado, y elecciones municipales reflejan profundos cambios en las preferencias electorales. Los datos muestran claramente que las oscilaciones electorales de un partido a otros han sido marcadas. Además indican una limitada estructuración partidaria del electorado, hecho que coincide con nuestro argumento anterior.

Estabilidad de bloque

Aunque hasta el momento nos hemos focalizado en los partidos como unidad de análisis, algunos especialistas de la literatura comparativa más amplia sobre partidos y sistemas de partidos, como también algunos escritos existentes sobre Chile, han argumentado que la estabilidad de bloque también merece una atención considerable⁴⁴. Sin embargo, la evidencia empírica no sustenta claramente la interpretación de que la estabilidad de los bloques en Chile es alta. La volatilidad electoral interbloque ha sido alta en Chile en comparación con los trece países de Europa occidental incluidos en los estudios de Bartolini y Mair. Nosotros, en primer lugar, medimos la estabilidad interbloque a través de la cantidad de votos que cambiaron de manos desde uno de los tres bloques principales (izquierda, centro y derecha) a otro durante las elecciones para la Cámara Baja (ver la última columna de la Tabla 4). La volatilidad interbloque fue menor al 10% en apenas tres de los trece períodos electorales (1949-53, 1989-93, y 1993-97) para la Cámara de Diputados. La volatilidad interbloque media para 1932-97 fue 13,6 %. El apoyo electoral para cada tendencia varió sustancialmente de una elección a la siguiente.

Esta manera de medir la volatilidad electoral interbloque, si bien es preferible en ciertos aspectos, no se presta a una fácil comparación con otros países, lo que hace difícil la evaluación de los datos. Por esta razón, también medimos la volatilidad interbloque de manera tal que hiciera que nuestros datos fueran comparables con los de Bartolini y Mair, quienes agregaron a los partidos en dos bloques, la izquierda contra el resto. Usando este criterio, desde 1932 a 1997 la volatilidad media interbloque en las elecciones para la Cámara Baja de Chile fue 8,6 %, más del doble que cualquier país de Europa occidental de los que aparecen en el estudio de Bartolini y Mair. Entre los trece países analizados por estos autores, la volatilidad media interbloque desde 1885 a 1985 osciló desde un 1,9% (Finlandia) a un de 3,5% (Alemania)⁴⁵.

⁴⁴ Bartolini y Mair, *Identity, Competition...*, *op. cit.*; Siavelis, "Continuity...", *op. cit.*; J. S. Valenzuela, "Orígenes...", *op. cit.*

⁴⁵ Bartolini y Mair, *Identity, Competition...*, págs. 75-81

Cambios en el formato de los sistemas de partidos

La última cuestión que examinamos relacionada con la continuidad y cambios en el sistema de partidos es el número de partidos. En un sistema de partidos estable, el número y el tamaño relativo de los partidos debería permanecer relativamente constante a lo largo del tiempo. Este no ha sido el caso de Chile. Examinando las elecciones de la Cámara Alta y Baja, la Tabla 5 nos muestra el porcentaje de los votos que recibieron los cuatro partidos más grandes, la cantidad de partidos que eligieron miembros del Congreso, y el número efectivo de partidos en cantidad de votos y bancas⁴⁶.

Un aspecto importante de los sistemas de partidos que ha sido relativamente constante es el alto grado de competitividad, esto es, el gran número de partidos que obtuvieron votos y el hecho de que ningún partido obtuvo un porcentaje dominante⁴⁷. Por otro lado, sin embargo, la estructura del sistema de partidos ha experimentado cambios significativos. El porcentaje de votos obtenido por los cuatro partidos más importantes fluctuó significativamente. En efecto, en 1932 los cuatro partidos más importantes sólo recibieron el 52,7 % de los votos en la Cámara Baja y el 59,3 % en el Senado, mientras que en 1973, los cuatro partidos principales recibieron el 84,3 % de los votos para la Cámara de Diputados y el 98,3 % para la de Senadores.

Aunque el número efectivo de partidos (N) ha sido alto durante todo el período, ha habido cambios significativos a lo largo del tiempo. En votos para diputados, N varió entre el 4,3 en 1965 hasta un sorprendente 11,8 en 1953. En cambio, en bancas para diputados varió desde un moderado 2,8 en 1965 a un 9,2 en 1953 —la cifra más alta del siglo XX en América Latina—. El formato de los sistemas de partidos en el Senado difiere poco si se lo compara con la Cámara de Diputados. Sin embargo, es preciso señalar que el N bajo en las elecciones senatoriales de 1973 es artificial debido a que los partidos se agruparon en dos federaciones.

⁴⁶ El número efectivo de partidos políticos es una fórmula matemática para indicar el número de partidos en un sistema. La fórmula es $N = 1/\sum P_i^2$, donde N es el número efectivo de partidos expresado en bancas o votos y P_i^2 es la participación fraccional de bancas o votos del partido i. Ver M. Laakso y R. Taagepera, "Effective Number of Parties: A Measure with Application to West Europe", en *Comparative Political Studies*, vol. 12, No 1, abril, 1979.

⁴⁷ Esta característica del sistema de partidos es enfatizada por A. Valenzuela, *The Breakdown...*, op. cit.; Siavelis, "Continuity...", op. cit.; S. Micco y E. Saffirio, "Tipo de gobierno presidencial y régimen político democrático: Quiebre y redemocratización en Chile", Tesis de maestría, inédita, Universidad Católica de Chile, 1993.

El formato del sistema de partidos ha exhibido una mayor estabilidad en las elecciones presidenciales. Pero, aún allí, el número efectivo de partidos (en votos, por supuesto) ha variado significativamente, desde un 2.0 en 1938 y 1942 hasta un 4.1 en 1958. Las cifras para los años restantes son 2.7 en 1932, 3.1 en 1946, 3.0 en 1952, 2.2 en 1964, 3.0 en 1970, 2.4 en 1989, 2.5 en 1993, y 2.2 en 1999, con una media de 2,7.

Siavelis argumentó correctamente que en vistas del cambio en la magnitud del distrito para la Cámara Baja, desde una media de 5,7 entre 1932 y 1973 a un distrito de dos miembros en el sistema posterior a 1989, el número de partidos ha sido sorprendentemente estable⁴⁸. Sin embargo, la estabilidad en la cantidad de partidos de 1969-73 a 1989-97 no debe neutralizar las importantes fluctuaciones que tuvieron lugar a lo largo del período comprendido entre los años 1932-73.

Otras evidencias. Otro tipo de evidencias también apoya la idea de que los sistemas de partidos han estado caracterizados por cambios significativos desde el sistema de partidos pre-1973 hasta el post-1989. Por un lado, hubo un cambio radical en el polo Socialista (PS y PPD) del sistema de partidos⁴⁹. El Partido Socialista pre-1973 se dividió en dos; pero ambos difirieron profundamente del Partido Socialista que apoyó el socialismo revolucionario y que consideró demasiado conservador al Presidente Allende. Asimismo, el apoyo electoral para el Partido Comunista disminuyó bruscamente. Por lo que respecta al polo conservador, éste tuvo desde 1966 a 1973 un único partido principal, pero desde 1989 han competido dos partidos conservadores importantes (RN y UDI). Los patrones de coalición también han cambiado. Por último, mientras que desde 1932 a 1938 y desde 1948 a 1964 las coaliciones entre el centro y la derecha eran las más comunes, desde 1989 ha prevalecido a nivel nacional una coalición entre centro y centro-izquierda. Todos estos cambios han sido ampliamente reconocidos.

Otros cambios fueron más controversiales. Carey, Tironi y Agüero, y Mainwaring y Torcal sostienen que, entre 1973 y el actual período democrático, el sistema de partidos ha sufrido un cambio sorprendente⁵⁰. El argumento de Carey, al sostener que el sistema de partidos se ha desplazado hacia una competencia fundamentalmente bipolar, reafirma que el sistema de partidos

⁴⁸ Siavelis, "Continuity...", *op. cit.*

⁴⁹ Roberts, *Deepening Democracy?...*, *op. cit.*; Scully, *Rethinking the Center...*, *op. cit.* y "Reconstituting...", *op. cit.*; J. S. Valenzuela, "Orígenes...", *op. cit.*; Walker, *Socialismo y democracia...*, *op. cit.*

⁵⁰ Carey, "Electoral Reform...", *op. cit.* y "Party and Coalition...", *op. cit.*; Tironi y Agüero, "¿Sobrevivirá...", *op. cit.*; S. Mainwaring y M. Torcal, "Social Cleavages, Political Legacies, and Post-Authoritarian Party Systems: Chile in the 1990s", paper inédito, 1999.

chileno está marcado por importantes cambios y discontinuidades. Por su parte, tanto Tironi y Agüero como Mainwaring y Torcal sostienen que las bases sociales de los partidos y la estructura de clivajes del sistema de partidos han cambiado significativamente desde comienzos del período democrático.

Conclusiones

En este artículo, hemos desafiado tres ortodoxias concernientes a los sistemas de partidos chilenos de 1932-1973 y 1988/89-2000. Estas ortodoxias no son completamente erróneas, pero necesitan ser atemperadas. Los partidos chilenos han sido poderosos *vis-à-vis* otros actores políticos (aunque aparentemente con cierta erosión en los años '90) pero no han sido particularmente fuertes en el electorado. El punto de vista convencional de que los sistemas de partidos tuvieron tres bloques dominantes competitivos fue correcto en las elecciones legislativas y locales hasta fines de la década del '80, pero no en la mayoría de las elecciones presidenciales. Asimismo, el argumento que sostiene que estas tres tendencias fueron aproximadamente iguales electoralmente fue cierto sólo ocasionalmente. Finalmente, el sistema de partidos de 1932-1973 y el período entre 1973 y 1989 no fueron tan estables como ha sugerido el saber convencional.

Sin enfatizar la fluidez del sistema de partidos, es difícil entender algunos desarrollos importantes en la historia política chilena, tal como la frecuente aparición y popularidad de líderes personalistas. Mientras que se suele considerar que Chile tiene un sistema de partidos en cierta medida semejante a aquellos de la mayoría de los países de Europa occidental, nuestra interpretación sugiere que hasta los '90 estuvo caracterizado por más fluidez y personalismo que cualquier otro sistema de Europa occidental. En América Latina, el sistema de partidos chileno hasta los años '80 fue el único en tener una izquierda, un centro y una derecha fuertes. Pero en otros aspectos, incluyendo la alta volatilidad electoral, episodios periódicos de populismos y personalismos, y la moderada estructuración partidaria del voto, el sistema de partidos chileno fue similar al de otros países de Latinoamérica que vivieron largos períodos democráticos (Colombia, Costa Rica, Uruguay y Venezuela). Incluso, en términos de volatilidad electoral, el sistema de partidos chileno de 1932-1973 fue menos estable que los sistemas de partidos de Colombia y Uruguay.

APÉNDICE I

Calculando la volatilidad electoral: cismas, fusión, cambios de nombre, e independencia

Se requieren reglas consistentes y razonables para calcular la volatilidad electoral en los sistemas de partidos con frecuentes divisiones, fusiones, y cambios de nombres. Hemos considerado a cada "etiqueta" como un partido independiente pero, más allá de esto, seguimos los procedimientos que podrían producir estimaciones conservadoras (es decir, bajas) de volatilidad electoral.

Los cismas partidarios. Cuando un partido se divide en dos o más partidos desde la elección T_1 a la T_2 , comparamos su total en T_2 con la escisión partidaria más grande y consideramos la escisión partidaria más pequeña como si no hubiera obtenido votos en la elección T_1 .

Fusiones partidarias. Cuando dos o más partidos se fusionan y crean una nueva organización, calculamos la volatilidad utilizando el partido con el porcentaje de votos más alto. Si, para la elección T_2 uno o más partidos se fusionaron, pero compitieron en la elección T_1 como partidos separados, asumimos que el/los partido/s con menos votos desaparecieron en la elección T_2 . Por tanto, otorgamos un valor nulo a este partido en T_2 y consideramos su porcentaje de votos en T_1 como porcentaje de cambio.

En 1966 tuvo lugar una fusión que implicó un cambio de nombre: la fusión entre el Partido Conservador (PC) y el Partido Liberal (PL) dio lugar al Partido Nacional (PN). Dado que el Partido Liberal opacó al Partido Conservador en 1965, comparamos el porcentaje del Partido Liberal (7,5%) de 1965 con el correspondiente al Partido Nacional (20,8%) de 1969 y el porcentaje del Partido Conservador (5,3%) de 1965 con 0% para 1969 dado que lo consideramos como desaparecido.

Cambios de nombre. Cuando un partido cambió de nombre pero tuvo una continuidad obvia con un partido previo, lo consideramos como la misma organización. Este es el caso de los Demócratas Cristianos, fundado en 1957 por miembros de Falange Nacional (FN), el Conservador Social Cristiano (CSC), el Partido Laborista Agrario (PAL) y otros pequeños partidos. Para calcular la volatilidad, tomamos al FN como el predecesor y consideramos al CSC y al PAL como partidos que desaparecieron. La clave aquí es el alto grado de continuidad organizacional y de liderazgo entre el antiguo FN y los Demócratas Cristianos.

Utilizando este principio de la continuidad organizacional y del liderazgo, en un caso inusual, usamos una nueva "etiqueta" como la continuación histórica de un partido cuya antigua "etiqueta" siguió existiendo. En 1948 el Partido Socialista de Chile (PSCH) se dividió en dos: el PSCH y el Partido Socialista Popular (PSP). A pesar de que la facción liderada por B. Ibáñez y J. B. Rossetti mantuvo el nombre de Partido Socialista de Chile, los líderes socialistas más

influyentes y la mayoría de los activistas partidarios se unieron al PSP. Por esta razón, para el período electoral de 1945-49 consideramos al PSP como una continuación del antiguo PSCH y al PSCH de 1949 como un nuevo partido.

En 1989, el PSCH se dividió en varios partidos, los más significativos fueron el PS-Almeyda, que fue el que más cerca se mantuvo de la vieja ortodoxia de izquierda y el PS-Renovado que adhirió completamente a la democracia liberal y rechazó el socialismo revolucionario. Para las elecciones de 1989 el PS-Renovado ayudó a crear el Partido por la Democracia (PPD) mientras que el PS-Almeyda participó en el PAIS (Partido Amplio de la Izquierda Socialista) con el Partido Comunista y con otros partidos menores radicales de izquierda. Debido a que los Socialistas y el PPD se desarrollaron como partidos independientes, consideramos al PS-Almeyda como el sucesor del PSCH y al PPD como un nuevo partido. En 1992 el Partido Socialista de Chile se volvió a unir parcialmente y adoptó su antiguo nombre. Asimismo, consideramos a Renovación Nacional (1989) como el partido sucesor del Partido Nacional por las significativas continuidades en el liderazgo.

Independientes. Durante todo el período en cuestión, la legislatura electoral chilena permitió que candidatos que no tenían afiliación partidaria se postularan para la Cámara de Diputados. Usualmente consideramos a los independientes como una categoría porque carecemos de la información necesaria para comparar los resultados de éstos individuos de una elección a otra. Esta manera de considerar a los independientes lleva a subestimar la volatilidad.

Excepcionalmente, consideramos a los independientes como comunistas para el año 1941, puesto que el PCCH fue proscrito en 1941 y presentó a sus candidatos como independientes. De hecho, el mayor porcentaje de votos para candidatos independientes en las elecciones municipales de 1941 fue para los comunistas.

Después de 1989, la legislación electoral permitió a los partidos que estaban dentro de un pacto electoral realizar un subpacto (un pacto electoral dentro de un pacto más amplio). En 1993, la coalición de derecha tuvo dos subpactos, uno formado por RN y algunos independientes y el otro formado por UDI y otros independientes. Sumamos los votos de los independientes a los de sus respectivos partidos dado que la mayoría de los independientes elegidos terminaron adhiriéndose al partido con el que tenían un subpacto. Además, en muchos casos el carácter independiente de estos candidatos era cuestionable. La competencia entre los partidos de derecha alentó a miembros de ambos partidos a postularse como independientes para intentar obtener una mayor proporción del electorado conservador que se declara como independiente. Por tanto, para las elecciones municipales de octubre de 1996, UDI canceló la membresía de varios candidatos para que pudieran postularse como independientes. En 1997 sucedió algo similar, y UDI eligió seis diputados "independientes" y cuatro senadores "independientes".

APÉNDICE 2

Partidos por tendencia. A continuación indicamos cómo hemos clasificado a los partidos políticos según su tendencia ideológica. No es fácil agrupar a todos los partidos políticos chilenos que compitieron en elecciones para el congreso desde 1932 según las tendencias de izquierda, centro, y derecha. Ello se debe a que los partidos políticos y líderes cambiaron de vez en cuando su posición ideológica. Asimismo, el populismo y los mensajes cruzados también contribuyeron a que se hiciera más dificultoso ordenar a los partidos según éstas tendencias. Por esta razón, la mayoría de las clasificaciones por tendencias ideológicas de los partidos chilenos tiene una categoría “otro” y difieren entre sí.

Partidos de Izquierda. Acción Popular Izquierda (CI, Centro Izquierda), Izquierda Cristiana, Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU), Nueva Acción Pública, Nueva Alianza Popular, Partido Democrático Nacional (PADENA) (CI), Partido Amplio de la Izquierda Socialista (PAIS), Partido Comunista Chileno, Partido de la Izquierda Democrática, Partido Democrático (CI), Partido Democrático de Chile (CI), Partido Humanista (Alianza Humanista Verde desde 1992 a 1996) (CI), Partido de Izquierda Radical (Social Democracia desde 1973) (CI), Partido por la Democracia (PPD) (CI), Partido Radical Doctrinario (CI), Partido Radical Socialista (CI), Partido Radical Socialista Obrero, Partido Socialista Auténtico, Partido Socialista–Almeyda, Partido Socialista de Chile, Partido Socialista Popular, Partido Socialista Unificado, Partido Socialista de Trabajadores, Unión Nacional Laborista, Unión Socialista Popular (USOPO) (CI), Verdes (CI), Vanguardia Nacional del Pueblo.

Partidos de Centro. Asociación Gremial e Empleados de Chile, Falange Nacional, Movimiento Republicano, Partido Democracia Agrario Laborista, Partido Demócrata Cristiano, Partido Demócrata Socialista, Partido Demócrata Independiente, Partido Radical Independiente, Partido Independiente Radical Socialista, Partido Social Republicano, Unidad Popular (1953).

Partidos de Derecha. Acción Republicana (CD, Centro Derecha), Partido Agrario (CD), Avanzada Nacional, Acción Nacional, Alianza Popular Libertadora, Acción Renovadora, Conservadores Social Cristianos (CD), Comandos Populares, Democracia Radical, Laborista de Chile (CD), Movimiento Nacional Ibañista (CD), Movimiento Nacional del Pueblo (CD), Movimiento Nacional Socialista de Chile (Vanguardia Popular Socialista desde 1938), Movimiento del Trabajo (CD), Partido Alianza de Centro (CD), Partido Agrario Laborista (CD), Partido Conservador, Partido Demócrata (CD), Partido Liberal, Partido Liberal de Chile, Partido Liberal Democrático, Partido Liberal Doctrinario, Partido Liberal Progresista, Partido Li-

beral Unido, Partido Nacional, Partido Nacional-Phillips, Partido Nacional Cristiano, Partido Nacional Democrático (CD), Partido del Sur, Renovación Nacional, Unión de Centro-Centro (Unión de Centro-Centro Progresista desde 1994), Unión Demócrata Independiente (UDI), Unión Nacional de Independientes (CD).

TABLA I
Candidatos independientes a la presidencia

Año	Candidato	% de votos
1932	-	-
1938	C. Ibáñez	0,0
1942	C. Ibáñez	43,9
1946	-	-
1952	C. Ibáñez	46,6
1958	J. Alessandri A. Zamorano	31,2 3,3
1964	-	-
1970	J. Alessandri	34,9
1989	H. Büchi F.J. Errázuriz	29,4 15,4
1993	A. Alessandri J. Piñera M. Max Neef	24,4 6,2 5,5
1999	A. Frei S. Larrain	0,4 0,4
Media		22,0

Fuentes: R. Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile 1925-1973*, Santiago, 1984; Dirección del Registro Electoral; Servicio Electoral; Ministerio del Interior; Tribunal Calificador de Elecciones.

TABLA 2
Elecciones presidenciales, 1932-1993

Año	1º Puesto	2º Puesto	3º Puesto	4º Puesto	Otros	Blanco/ Nulo	Total
1932	54,6	17,7	13,7	12,5	1,2	0,3	100
1938	50,2	49,2	0,0	-	-	0,6	100
1942	55,7	43,9	-	-	-	0,4	100
1946	40,1	29,7	27,3	2,5	-	0,3	99,9
1952	46,6	27,7	19,9	5,4	-	0,3	99,9
1958	31,2	28,5	20,5	15,4	3,3	1,2	100,1
1964	55,7	38,6	4,9	-	-	0,7	99,9
1970	36,2	34,9	27,8	-	-	1,0	99,9
1989	55,2	29,4	15,4	-	-	2,5	100
1993	58,0	24,2	6,2	5,5	5,9	5,6	99,8
1999	48,0	47,5	3,2	0,5	0,8	3,1	100
Media	48,3	33,8	13,9	7,0	2,8	1,6	100

^a Desde 1989, siguiendo la Ley Electoral chilena, los votos en blanco y nulos no han sido considerados para calcular los porcentajes totales.

Fuentes: Para 1932, 1938, 1942, 1946 y 1952: R. Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile 1925-1973*, Santiago, 1984; para 1958, 1964, 1970: Dirección del Registro Electoral; para 1989: Servicio Electoral; para 1993: Ministerio del Interior; para 1999: Tribuna Calificadora de Elecciones.

TABLA 3
Cámara de Diputados, porcentaje de votos por tendencia, 1932-1997

Elecciones	Izquierda	Centro	Derecha	Otros	Indep.	Total	Dif. mayor / menor ^a
1932	16,6	30,4	36,3	6,3 ^a	10,4	100	19,7
1937	20,2	24,1	51,5	-	4,2	100	31,3
1941	37,9	25,5	35,8	0,2 ^a	-	99,4	12,4
1945	27,9	24,3	47,1	-	0,9	100,2	22,8
1949	13,8	25,4	60,2	0,4 ^b	-	99,8	46,4
1953	18,5	16,9	64,4	-	-	99,8	47,5
1957	16,3	30,9	50,9	-	1,9	100	34,6
1961	30,2	38,2	31,4	-	0,2	100	8,0
1965	27,3	58,3	13,8	0,3 ^c	0,3	100	44,5
1969	34,6	44,7	20,8	-	0,1	100	23,9
1973	42,4	33,0	23,0	1,6 ^d	-	100	19,4
1989	24,4	32,2	43,4	-	- ^e	100	19,0
1993	33,2	30,2	36,5	0,1 ^d	- ^e	100	6,3
1997	33,9	26,9	38,4	-	0,7 ^e	99,9	11,5
Media	26,9	31,5	39,5	1,5	2,3	101,8	24,8
1932-73	26,0	32,0	39,6	1,8	2,6	101,8	28,2
1989-97	30,5	29,8	39,4	0,1	0,7	100,5	12,3

^a Diferencia entre la tendencia mayor y la menor, sin considerar "Otros" ni "Independientes".

^a Los datos originales no especifican los nombres de estos partidos.

^b Porcentaje de votos del MSC, partido desconocido para nosotros.

^c Coalición del MNSCH, un partido de derecha, con el VNP, un partido de izquierda.

^d Votos en blanco y nulos.

^e Los candidatos independientes que oficialmente integran una lista están agregados a su respectiva tendencia.

Fuentes: Dirección del Registro Electoral; A. Angell y B. Pollack, "The Chilean Elections of 1993: From Polarisation to Consensus", en *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 14, N° 2, 1995; Ministerio del Interior.

Nota: Ver APÉNDICE 2 para una lista de los partidos por tendencia.

TABLA 4
Volatilidad electoral, por partido y por bloque, Cámara Baja, 1932-1997

Período electoral	Volatilidad	Volatilidad interbloque
1932-37	37,5	12,6
1937-41	26,9	17,4
1941-45	20,3	11,3
1945-49	26,2	14,2
1949-53	38,6	8,7
1953-57	30,5	14,9
1957-61	26,4	20,4
1961-65	31,7	20,3
1965-69	21,8	14,0
1969-73	16,1	10,9
1973-89	36,8	19,6
1989-93	16,1	8,9
1993-97	10,6	3,0
Media	26,1	13,6
Media 1932-73	27,6	14,5
Media 1989-97	13,4	6,0

Fuente: Elaboración propia.

TABLA 5
Estructura del sistema de partidos, 1932-1997,
Cámara de Diputados y Senadores

Año	% de votos de los 4 partidos más grandes		Número de partidos con representación parlamentaria		Número Efectivo de Partidos (Votos)		Número Efectivo de Partidos (Bancas)	
	Diputados	Senadores	Diputados	Senadores	Diputados	Senadores	Diputados	Senadores
1932	52,7	59,3	17	10	9,6	8,2	6,7	5,8
1937	71,9	81,5	11	7	6,8	5,6	5,6	5,3
1941	69,8	76,2	12	6	7,0	6,0	5,4	4,8
1945	71,8	74,7	12	7	6,6	6,0	5,3	5,0
1949	69,1	72,4	14	7	7,1	7,0	6,0	4,9
1953	49,5	56,6	20	10	11,8	9,3	9,2	7,5
1957	63,9	61	13	9	7,9	8,1	6,8	6,1
1961	67,2	66,2	7	7	6,9	6,8	5,9	5,5
1965	78,2	80,2	7	6	4,3	3,8	2,8	2,7
1969	78,7	82,2	5	6	5,4	4,9	4,1	4,1
1973	84,3	98,3	10	5	5,3	2,0 ^a	4,4	3,7
1989	75,3	72,2	11	6	6,1	6,0	5,0	3,6
1993	72,4	59,5	7	7	6,1	8,6 ^b	4,9	5,4
1997	66,7	66,8	9	4	7,0	7,8	4,8	2,6
Media	69,4	71,9	11,1	6,9	7,0	6,4	5,5	4,8

^a En la elección de senadores de 1973, dos federaciones de partidos presentaron candidatos como si fueran partidos. La Dirección del Registro Electoral no provee la afiliación partidaria individual de los candidatos, pero es conocida esa afiliación en el caso de los senadores electos.

^b Los candidatos independientes son considerados como miembros de un partido (como un grupo) cuando carecemos de datos sobre su verdadera afiliación partidaria.

Fuentes: Dirección del Registro Electoral; A. Angell y B. Pollack, "The Chilean Elections of 1993: From Polarisation to Consensus", en *Bulletin of Latin American Research*, Vol. 14, N° 2, 1995; Ministerio del Interior.

Resumen

Este artículo desafía tres ortodoxias sobre el sistema de partidos chileno de 1932-1973 y de 1988/89-2000. Si bien no están completamente equivocadas, estas ortodoxias necesitan ser revisadas. En primer lugar, se ha sobreestimado la visión predominante que sostiene que los partidos políticos chilenos son fuertes. Si bien en ciertos períodos han sido fuertes en algunas dimensiones, no lo han sido en otras. Por ejemplo, la penetración partidaria en el electorado no ha sido fuerte. Frecuentemente, los partidos han aparecido y desaparecido, y han sido bastante débiles en términos organizacionales. Asimismo, los períodos democráticos en Chile han dado lugar a que populistas antipartidistas desarrollaran carreras políticas exitosas, incluyendo el acceso a la presidencia. En segundo lugar, algunos especialistas han sugerido que los

sistemas de partidos chilenos han estado estructurados en tres grandes bloques ideológicos aproximadamente iguales—izquierda, centro, y derecha— desde la década del '30. Este argumento es sólo parcialmente correcto puesto que, aunque los sistemas de partidos han tenido una izquierda, un centro y una derecha significativas desde 1932, el porcentaje de votos de estos tres bloques ideológicos ha fluctuado considerablemente. Finalmente, la literatura ha sugerido que los sistemas de partidos chilenos han sido bastante estables. Sin embargo, el sistema de partidos vigente durante el período 1932-73 fue más inestable de lo comúnmente aceptado. En efecto, la volatilidad electoral fue alta y el formato (número) del sistema de partidos varió ampliamente a lo largo del tiempo.

Palabras clave

América Latina - Chile - sistemas de partidos - elecciones - volatilidad